

SIMON R. GREEN

La rebelión de los brujos

LAS AVENTURAS DE HAWK Y FISHER



Todas las ciudades tienen sus deportes sangrientos favoritos. Algunas prefieren crueldades cargadas de tradición, como los combates de perros contra un oso o las peleas de gallos. Otras satisfacen sus apetitos más bajos con los gladiadores y el circo. La ciudad de Haven se exalta con el más sucio, el más sangriento de todos los deportes... la política. Hawk y Fisher son dos rudos agentes de la ley en una ciudad donde imperan la magia y el crimen. Hawk domina las calles con su hacha, mientras que Fisher maneja la espada con destreza inigualable. Juntos son el terror de los delincuentes.

1

Los hombres vacíos

Cada ciudad tiene sus espectáculos violentos favoritos. Algunas prefieren crueldades tradicionales como los perros que atacan a un oso cautivo o las peleas de animales variados, mientras que otras satisfacen sus apetitos más bajos con duelos de gladiadores. Pero la ciudad portuaria de Haven se enardece con el más sucio y sangriento de todos: la política.

Era época de elecciones en Haven y los postigos de toda la ciudad se abrían para ver las pancartas, los desfiles, los mítines y los festejos y algún que otro disturbio al más puro estilo tradicional. Las calles estaban abarrotadas de multitudes enardecidas y de rateros aprovechándose de ellas mientras las tabernas ganaban dinero a manos llenas. Casi nadie trabajaba, ya que todos eran presa de la fiebre electoral. Todos, excepto los miembros de la Guardia, que hacían turnos dobles en un intento cada vez más vano de evitar que Haven se convirtiera en una ciudad en guerra.

Era otoño y el clima mostraba su cara más benigna. Los días eran agradablemente templados y las noches deliciosamente frescas. Del mar llegaba una brisa constante y llovía lo suficiente como para que la gente se sintiese agradecida cuando no lo hacía. Exactamente la clase de tiempo que hace que un hombre se sienta insatisfecho con su suerte y decidido a disfrutar del buen tiempo mientras dura.

Por este motivo había todavía más gente en las calles de lo que era habitual en época de elecciones. El dinero fácil era una garantía de que a media tarde todos se habrían olvidado de la ley y el orden. Por fortuna, la ciudad sólo permitía que la campaña electoral durase un único día, otra cosa habría significado propiciar el caos y colocarse al borde de una guerra civil.

Hawk y Fisher, marido y mujer y capitanes de la Guardia de la ciudad, recorrían sin prisa la calle del Mercado. Las multitudes enfebrecidas se apartaban para abrirles paso. La paciencia brillaba por su ausencia y los temperamentos se encendían rápidamente pero no había nadie en Haven, borracho o sobrio, tan estúpido como para molestar a Hawk y a Fisher. Había formas más rápidas y menos dolorosas de suicidarse.

Hawk era alto y moreno y había dejado ya de ser guapo. El lado derecho de su cara presentaba antiguas cicatrices cuya palidez resaltaba sobre la piel bronceada y lucía un parche de seda negra sobre el ojo derecho. Vestía simplemente camisa y pantalones de algodón y el tradicional capote negro de la Guardia. Por lo general prescindía del capote porque era un estorbo en las peleas, pero con tantos forasteros como acudían a la ciudad en tiempo de elecciones, el capote era un emblema de autoridad, de modo que ahora lo llevaba puesto constantemente, con poca gracia y menos estilo aún. Hawk siempre tenía un aspecto más bien desaliñado, acentuado sobre todo por unas botas viejas y vapuleadas, aunque a una mirada atenta no se le escapaba que habían sido de calidad y hechura superiores. Circulaban muchos rumores sobre el pasado de Hawk, relacionados por lo general con el hecho de si sus padres habían estado o no casados, aunque nadie sabía nada con certeza. Estaba envuelto en el misterio, y a él le gustaba que así fuera.

En general no tenía un aspecto imponente, ya que más que musculoso era delgado y enjuto y mostraba una curva

incipiente a la altura del estómago. El pelo oscuro le llegaba a los hombros, desafiando a la moda local, apartado de la frente y sujeto con un pasador de plata. Aunque apenas había rebasado la treintena, ya tenía unas cuantas hebras grises en el pelo. A simple vista parecía un pependenciero más de los que ya han superado lo mejor de la vida, pero pocas personas se quedaban en la primera mirada porque había algo en Hawk, en su cara surcada por las cicatrices y en su único ojo de mirada fría que hacía que hasta los delincuentes más peligrosos y borrachos se lo pensarán dos veces. Sobre la cadera derecha, Hawk llevaba un hacha de mango corto en lugar de espada. Era muy hábil con el hacha ya que había tenido oportunidad de practicar mucho con ella a lo largo de los años.

Isobel Fisher caminaba junto a Hawk, amoldando a él su paso y su ritmo con la naturalidad de quienes llevan mucho tiempo andando juntos. Era alta, medía alrededor de un metro ochenta, y llevaba el pelo rubio y largo peinado en una trenza que le llegaba hasta la cintura y estaba rematada en la punta con una pulida bola de acero. Tendría entre veinticinco y treinta años y su rostro huesudo y anguloso contrastaba vivamente con los profundos ojos azules y la boca carnosa. En algún momento de su pasado, algo había eliminado en ella todo rastro de debilidad humana, un detalle que saltaba a la vista. Al igual que Hawk, vestía camisa y pantalones de algodón y el capote negro reglamentario. La camisa entreabierta dejaba ver el pecho generoso y llevaba las mangas remangadas que dejaban a la vista unos brazos de musculatura fibrosa surcados por viejas cicatrices. Sus botas estaban estropeadas y ajadas y parecía que no las había limpiado hacía mucho tiempo. Llevaba una espada sobre la cadera y la mano apoyada con naturalidad en su empuñadura.

En Haven, todo el mundo conocía a Hawk y a Fisher. En primer lugar, eran honrados, lo que de por sí ya bastaba para caracterizarlos como raros entre los Guardias, sobre-

cargados de trabajo y mal pagados de la ciudad, y en segundo lugar, mantenían la paz a cualquier precio. Hawk y Fisher siempre cazaban a los malos, vivos o muertos. Casi siempre muertos.

Por lo general, la gente se volvía muy respetuosa de la ley cuando Hawk y Fisher andaban cerca.

Avanzaban sin prisa por la calle del Mercado, disfrutando de la tibieza de las primeras horas de la mañana y vigilando a los vendedores callejeros. Las multitudes que se reunían en los días de las elecciones significaban buenas ganancias para los vendedores de comida rápida, los puestos de recuerdos y los prestidigitadores de callejón con sus encantamientos rápidos y sus amuletos. En los puestos que bordeaban las calles de punta a punta sin dejar un solo hueco libre podía encontrarse de todo, desde desgastados artículos de madera y de tela hasta objetos de más categoría para la casa como cojines de seda y marquesinas con abalorios. Los reclamos de los vendedores eran ensordecedores, y cuanto más basta era la mercancía más estridentes y extravagantes eran los gritos con que se anunciaba.

Por todas partes había puestos de venta de bebidas que competían con las tabernas ofreciendo licores baratos con el reclamo tradicional: BORRACHO POR UN PENIQUE; COMO UNA CUBA POR DOS PENIQUES. Para los menos atrevidos también había cerveza, que proporcionaban gratis los conservadores. En general, preferían que el electorado estuviese bien abastecido de bebida el día de las votaciones ya que eso hacía o bien que votasen a los conservadores por agradecimiento, con la esperanza de que les dieran más cerveza gratis o bien que estuviesen demasiado borrachos como para ejercer una oposición real. Y como por lo general el populacho se emborrachaba demasiado como para provocar desórdenes, los Guardias también lo preferían.

Adondequiera que mirasen, Hawk y Fisher sólo veían puestos de venta que llenaban las calles y se desbordaban incluso hacia los callejones. Había banderines y caretas y

todo tipo de artículos novedosos en venta, y todos seguramente valían mucho menos de lo que se pagaba por ellos. Si alguien quería recuerdos de más calidad, como delicadas piezas de porcelana que llevaban grabados motivos y lemas electorales, tenía que buscarlos en la parte alta de la ciudad. Es posible que la zona Norte hubiera sido en una época un mercado de categoría, pero, si lo había sido, hacía ya tanto tiempo que nadie recordaba cuándo. En la actualidad, la zona Norte era el sector más violento, pobre y peligroso de Haven y por eso habían enviado a Hawk y a Fisher a patrullarla, en parte porque eran los mejores, como todo el mundo sabía, pero sobre todo porque tenían tantos enemigos dentro de la Guardia como fuera. En Haven no se podía ser demasiado honrado.

Hawk miró con ojos codiciosos a un puesto donde ofrecían salchichas picantes en pinchos de madera. Tenían un aspecto apetitoso si uno pasaba por alto las moscas. Fisher las vio y tiró de él con firmeza.

—Vamos, Hawk, quién sabe qué clase de carne han usado para hacerlas. No puedes permitirte el lujo de pasar el resto del día de cuclillas con los pantalones a la altura de los tobillos.

Hawk rompió a reír.

—Puede que tengas razón, Isobel. No importa; si mal no recuerdo hay una taberna por ahí a la derecha que prepara unas cenas excelentes de langosta para dos.

—Es demasiado pronto para cenar.

—Vale, entonces comeremos langosta para la comida.

—Estamos comiendo demasiados tentempiés estos días —repuso Fisher contrariada—. No sé cómo puedes abrocharte todavía el cinto de la espada.

—Todo el mundo tiene derecho a darse un gusto —dijo Hawk.

Continuaron su camino en silencio durante un rato limitándose a contemplar lo que había. Había gente que los saludaba con la mano y les sonreía mientras otros se limita-

ban a ignorarlos. Hawk y Fisher respondían a todos por igual con una correcta inclinación de cabeza y seguían andando. No podían fiarse de las sonrisas, y el resto no importaba. Hawk se abstrajo un poco. Llevaba cinco años en Haven pero había días en que parecía que habían sido cincuenta. Echaba de menos su tierra y eso le pasaba sobre todo en otoño. Allá en el Reino Boscoso las hojas estarían adquiriendo una tonalidad entre rojiza y ocre, y el aspecto, el sonido y el olor del Bosque se transformarían al prepararse los grandes árboles para el invierno. Hawk volvió a suspirar quedamente y una vez más prestó atención a las lúgubres casas de piedra y a las sucias calles empedradas de Haven. Para bien o para mal, ahora era un tipo de ciudad.

Unas explosiones sacudieron el aire y Hawk llevó instintivamente la mano al hacha antes de darse cuenta de que sólo se trataba de fuegos artificiales. Los habitantes de Haven eran muy aficionados a los fuegos de artificio, cuanto más espectaculares y extravagantes tanto mejor. Salpicaduras brillantes de colores mágicamente aumentados estallaban en el cielo, tiñendo las sombras oscuras de las nubes hasta transformarlas en la abigarrada paleta de un pintor. Hubo varios intentos de escribir en el cielo, pero todos se mezclaron y se emborronaron formando un galimatías ininteligible. Las diversas facciones no tardaron en aburrirse y en empezar a utilizar los fuegos artificiales como armas contra sus adversarios. Se oían gritos y algún que otro alarido, pero por fortuna la munición no tenía fuerza suficiente para producir daño real. Hawk y Fisher se limitaron a apartar la vista y a dejar que siguieran con su juego. Mantenía entretenida a la multitud.

Algo más adelante, un movimiento repentino llamó la atención de Hawk, que apretó un poco el paso. La multitud reunida al cabo de la calle había apartado la vista de los fuegos artificiales para observar algo más interesante. Ya se empezaban a oír aplausos y silbidos.

—Parece que hay problemas —dijo Hawk con resignación, sacando su hacha.

—Sí, eso parece —respondió Fisher echando mano a la espada—. Vamos a aguarles la fiesta.

Se abrieron camino a empujones mientras la multitud se apartaba de mala gana al ver el brillo del acero en la mano de los Guardias. Hawk frunció el ceño al descubrir qué era lo que llamaba la atención de la multitud. En el cruce de dos calles, dos bandas rivales de pegadores de carteles se estaban peleando con puños, palos y todo lo que encontraban a su alcance. La multitud animaba a ambas partes con imparcialidad y se apresuraba a hacer apuestas sobre los ganadores.

Como la mayor parte de los electores casi no sabía leer, los principales partidos políticos no podían limitarse a transmitir sus mensajes con panfletos. Recurrían por ello a las reuniones al aire libre, a los pregoneros y a montones de carteles. Por lo general los carteles eran muy simples, y transmitían lemas o insultos en letras de gran tamaño. Uno muy difundido en estos días rezaba: EL CONCEJAL HARDCASTLE SE LO MONTA CON LOS COMERCIANTES, aunque si eso era un lema o un insulto dependía de las interpretaciones.

Los carteles podían verse por doquier: sobre las paredes, en los escaparates de las tiendas o sobre personas que circulaban con paso lento. Una banda de pegadores de carteles que actuara a toda velocidad podía empapelar Haven de arriba abajo en media mañana siempre y cuando la cola se mantuviese y no encontrasen obstáculos en su camino. Por desgracia, la mayor parte de las bandas de pegadores de carteles pasaba la mitad de su tiempo rompiendo o despegando los carteles que pegaban las bandas rivales. Por eso, cuando se encontraban dos bandas, algo inevitable a veces, la rivalidad política solía expresarse mediante acaloradas discusiones o peleas abiertas, lo que hacía las delicias de los espectadores que se encontraban por el lu-

gar. A los habitantes de Haven les gustaba la política simple y directa y, a ser posible, brutal.

Hawk y Fisher se detuvieron en la primera línea de la multitud y observaron interesados cómo evolucionaba la pelea a ambos lados de la calzada. Era una pelea de aficionados, con más empujones y codazos que verdaderos puñetazos. Hawk se sintió tentado de apartarse y dejar que siguiera su curso. No causaban problemas a los demás y la multitud estaba demasiado ocupada haciendo apuestas como para participar en la refriega. Además, un buen enfrentamiento ayudaba a liberar algo de presión. Pero Hawk suspiró pesaroso cuando se empezaron a ver cuchillos en algunas manos. Los cuchillos lo cambiaban todo.

Se metió en medio de la pelea, cogió al primero que vio con un cuchillo y le estampó la cara contra la pared más próxima. Se oyó el choque sordo del cuerpo contra la piedra y el revoltoso se deslizó inconsciente hasta el suelo. El que había sido su adversario se volvió contra Hawk con el cuchillo preparado. Fisher lo dejó frío de un solo puñetazo. Algunos de los amigos de los caídos hicieron un intento de avanzar, pero se pararon en seco al ver la cara de pocos amigos de Hawk y el brillo del hacha en su mano. Hubo quienes intentaron huir, pero se encontraron con Fisher, que ya se había situado para bloquearles el camino empuñando la espada. Los pocos que todavía seguían peleando pararon al darse cuenta de que algo andaba mal. La multitud de curiosos empezó a abuchear y a silbar a los Guardias, pero cuando Hawk les dirigió su fría mirada, callaron de inmediato. Hawk volvió a prestar atención a los alborotadores.

—Ya conocen las normas —dijo cortante—. Nada de cuchillos. Ahora enséñenme qué llevan en los bolsillos, todos. Vamos, rápido o haré que Fisher se encargue de hacerlo.

De repente todos parecieron dispuestos a competir por ver quién se vaciaba antes los bolsillos. Sobre los adoquines de la calle se amontonaron cuchillos, manoplas y po-

rras. Había también profusión de amuletos de la suerte y baratijas y una cabeza reducida atada por un cordel. Hawk miró a los pegadores de carteles con disgusto.

—Si no vais a jugar limpio, se acabó la partida. ¿Está claro? Y ahora, largaos echando chispas antes de que arres- te a unos cuantos por merodeadores. Un grupo hacia el norte y el otro hacia el sur. Y si alguno vuelve a causarme problemas durante el día, lo enviaré a su familia en un bote de salsa picante. ¡A moverse!

Los alborotadores se marcharon llevando consigo a sus heridos y al rato sólo quedaban unos cuantos carteles arru- gados como muestra de lo que allí había pasado. Hawk arrastró con el pie la pila de armas hacia la alcantarilla y desaparecieron por el desagüe. Él y Fisher no perdieron de vista a la multitud hasta que se dispersó y sólo entonces guardaron sus armas y siguieron patrullando.

—Fue un buen puñetazo, Isobel.

—Tengo la fuerza de diez porque mi corazón es puro.

—Y porque llevas una manopla debajo del guante.

Fisher respondió con una mueca.

—En general, creo que solucionamos la cuestión con mucha diplomacia.

Hawk alzó las cejas en un gesto de incredulidad.

—¿Diplomacia?

—Por supuesto. ¿Acaso matamos a alguien?

Hawk sonrió con acritud y Fisher respiró hondo.

—Mira, Hawk, si no hubiésemos intervenido cuando lo hicimos, lo más probable es que todo hubiera terminado en una verdadera revuelta. ¿Y a cuántos tendríamos que haber matado para sofocar un disturbio serio? —Fisher sacudió la cabeza—. Ya hemos tenido cinco revueltas desde que anteayer se anunciaron las elecciones. Hawk, esta ciudad va por mal camino.

—Eso no se puede saber —dijo Hawk.

Fisher respondió con una risa incrédula. Hawk también sonrió, aunque no le hiciera mucha gracia.

—No creo que ese hatajo de tontos tuviera la intención de provocar una revuelta. Estaban muy ocupados en alterar el orden. No *tendríamos* que haber actuado con tanta dureza contra ellos.

—Pero lo hicimos. —Fisher miró a Hawk con sorpresa—. Esto es Haven, ¿recuerdas? La ciudad más violenta y menos civilizada de los Low Kingdoms. La única manera de mantener las cosas bajo control es ser más duro que los demás.

—Creo que ya no estoy muy convencido de eso.

Siguieron caminando en silencio.

—Esto tiene que ver con el caso Blackstone, ¿verdad? —preguntó Fisher al cabo de un rato.

—Sí, la hechicera Visage podría seguir viva si Dorimant nos hubiera dicho algo a tiempo. Pero no confiaban en nosotros. Se callaron porque sabían lo que se decía de nosotros, porque tenían miedo de lo que pudiéramos hacerles. Llevamos demasiado tiempo en esta ciudad, Isobel, y no me gusta ver en qué nos ha convertido.

Fisher enlazó su brazo.

—En realidad, no hay mucha diferencia entre esto y lo que sucede en otros sitios, mi amor. Tal vez en Haven no nos andemos con tantos tapujos.

Hawk suspiró pausadamente.

—Tal vez tengas razón. Si hubiéramos arrestado a esos pegadores de carteles, no habríamos tenido dónde meterlos. Los calabozos ya están llenos a rebosar.

—Y todavía queda más de medio día antes de la votación. —Fisher sacudió la cabeza mientras decía—: No sé por qué no se enzarzan en una guerra civil y terminan de una vez.

Hawk sonrió.

—Ya lo hicieron hace cuarenta años. Los reformistas ganaron la guerra y el resultado fue la implantación de las elecciones en todo el territorio de los Low Kingdoms. Hoy en día, todo el montaje sirve más que nada para aliviar tensiones. Se les da la oportunidad de volverse un poco locos

por un día. Dejan salir parte de la presión y así la ciudad evita que se acumule y se desate otra guerra civil. Una vez han sido elegidos, los ganadores declaran una amnistía general, todos se ponen de nuevo a trabajar y las cosas vuelven a la normalidad.

—Una locura —dijo Fisher—. Una maldita locura.

—Eso es lo que es Haven para ti —respondió Hawk con una mueca.

Siguieron andando en medio de un silencio cómplice, haciendo un alto de vez en cuando para intimidar a algún posible carterista o advertir a un borracho que estaba alborotando. La multitud bullía a su alrededor, cantando y riendo y aprovechando al máximo aquel día de fiesta. El aire estaba cargado de olor a comida picante y a vino y de ruedas de fuego. Una banda bajaba marchando por la calle en dirección a ellos, enarbolando pancartas de brillantes colores y coreando consignas a favor de los conservadores. Hawk y Fisher se hicieron a un lado para dejarlos pasar. Un hombre fornido vestido con cota de malla se les acercó llevando en una mano una maza y en la otra un bote para reunir fondos. Al ver sus caras se lo pensó mejor y salió disparado para incorporarse al desfile. Mientras tanto, la multitud mostró su habitual aprecio por la libertad de palabra arrojando a los propagandistas fruta podrida y bosta de caballo. Hawk miró a los portadores de las pancartas que desaparecían calle abajo con sus sonrisas estereotipadas y los dientes apretados y se preguntó dónde los conservadores habrían encontrado idiotas y suicidas suficientes como para mandarlos al Northside.

A pesar de todo, las pancartas eran bonitas.

—Me voy a alegrar cuando toda esta farsa se haya terminado —dijo Fisher una vez reanudaron su camino—. Hacía años que no trabajaba tanto. No me acuerdo de haber visto tantos borrachos y peleas y agitadores de tres al cuarto en toda mi vida. Ni tantas apuestas amañadas sobre todo eso.

—Cualquier habitante de esta ciudad lo suficientemente tonto como para jugar a las adivinanzas con un perfecto desconocido se merece todo lo que pueda sucederle —dijo Hawk sin la menor simpatía—. Y bien mirado, las cosas no están tan mal. Es inevitable que haya algunas peleas en día de elecciones, pero hay muy poca gente que lleve un cuchillo o una espada. Resulta *fascinante*. Había oído historias sobre votaciones anteriores, pero realmente nunca me las había creído. Esto es la voluntad popular, esto es el pueblo decidiendo su propio futuro.

Fisher hizo un gesto desdeñoso.

—Todo va a acabar en lágrimas. La gente puede votar hasta ponerse morada, pero al final el poder estará en las mismas manos y todo seguirá como estaba. En realidad, nunca cambia nada, Hawk. Deberías saberlo.

—Aquí es diferente —dijo Hawk tercamente—. La Causa de la Reforma nunca ha tenido tanta fuerza. Existe una posibilidad real de que esta vez acaben dominando el Consejo de Haven. Sólo tienen que conquistar unos cuantos escaños marginales.

Fisher le echó una mirada.

—Veo que has estado informándote.

—Por supuesto, es importante.

—¿Importante? ¿Para nosotros? Mañana los mismos ladrones y alcahuetes y usureros seguirán haciendo sus negocios en el Northside, gane quien gane tus maravillosas elecciones. Siempre habrá centros clandestinos donde se explota a la gente y mafias de protección y asesinatos de callejón. Éste es el vertedero de Haven, donde lo más bajo termina ascendiendo simplemente porque ya no puede caer más bajo. El Consejo tendrá sus elecciones y después seguirán necesítándonos para limpiar la porquería.

Hawk se quedó mirándola.

—Pareces cansada, nena.

Fisher se encogió de hombros.

—Es un mal día, eso es todo.

—Isobel...

—Olvidalo, Hawk. —Fisher le dirigió una rápida sonrisa —. Al menos, no nos faltará trabajo mientras siga existiendo el Northside.

Hawk y Fisher giraron por Martyr's Alley y se dirigieron al paseo del Puerto. Allí ya no había puestos callejeros. En su lugar había tiendas elegantes con entradas porticadas y fantasiosas volutas recién pintadas y el público pertenecía sin duda a una clase más alta. Desde que el paseo había sido «descubierto» por la nobleza, había prosperado. Últimamente había pasado a ser el paseo obligado de la pequeña aristocracia, que se reunía allí para tomar el aire y visitar algunos pequeños tugurios que se habían puesto de moda. En estos alrededores del Northside se vendían cosas capaces de tentar al paladar más exigente, y allí un caballero podía tocar temas ligeramente escabrosos provocando el rubor de las damas sin temor a que su reputación quedase en entredicho. Claro que un caballero nunca acudía al Northside sin todo un séquito de guardaespaldas, y tenía mucho cuidado en abandonar la zona antes de que oscureciera.

Pero bajo la luz del día, el paseo era un lugar de reunión muy frecuentado por los miembros más osados de la nobleza, y por lo tanto atraía a todo tipo de parásitos y gorrones bien vestidos. Los chismosos se ocupaban de propagar las últimas habladurías, y los traficantes de confidencias evolucionaban elegantemente por el paseo observando a la nobleza más o menos como un tiburón que mirase a un cardumen de incautos pececillos. Hawk y Fisher conocían de vista a la mayoría, pero no era su intención interferir. Si la gente era lo bastante tonta como para gastarse sus buenos dineros en intrigas descabelladas, peor para ellos, y a los Guardias los tenía sin cuidado. Hawk y Fisher sólo estaban allí para vigilar y procurar que nadie se pasara de la raya.

La nobleza por su parte ignoraba a Hawk y a Fisher. Se suponía que los Guardias sabían cuál era su lugar. En el pa-